

III. SESIÓN NECROLÓGICA EN HONOR DEL
ILMO. SR. D. FELICIANO DELGADO LEÓN

DR. J. R. HARRIS, JR., FIDELITY & SECURITY
OF THE UNITED STATES OF AMERICA

INTERVENCIÓN DE D. ANTONIO CRUZ CASADO

Desde 1971 hasta 1976 los alumnos de la primera promoción de Filología de la Universidad de Córdoba seguimos, con más o menos aprovechamiento, las enseñanzas de don Feliciano Delgado León. Estábamos dando comienzo entonces a lo que con el paso del tiempo sería uno de los centros universitarios más representativos de la actual universidad andaluza, en cuya gestación y asentamiento tanto tuvo que ver nuestro profesor. A lo largo de los cinco cursos indicados, don Feliciano nos impartió las materias de Lengua Española, Lingüística General, Lingüística Española, Gramática Histórica, Dialectología Española, Crítica Literaria... Su magisterio no sólo consistía en una simple transmisión de conocimientos, a veces mal asimilados por parte nuestra, sino sobre todo en un estilo intelectual, en un modelo profesoral, en el que se conjugaban los conocimientos clásicos más profundos con una modernidad exultante para nosotros (recién llegados de pueblos lejanos, en muchos casos), de tal manera que don Feliciano llegó a ser para muchos de nosotros una especie de espejo en el que intentábamos mirarnos, puesto que ya en aquellos años de formación pretendíamos un acercamiento científico a la lengua y a la literatura.

Más tarde, ya en el seno de esta Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, continuamos aprendiendo del preclaro maestro, en el Instituto de Estudios Gongorinos, del que fue eficiente director en los últimos años de su vida, así como en los múltiples actos y reuniones científicas, como los cursos de verano de Iznájar, en los que tuvimos ocasión de seguir escuchando sus enseñanzas. Ahora, en esta triste ocasión, dedicada al recuerdo de don Feliciano, nos percatamos, una vez más, del vacío que ha dejado en el mundo intelectual, en el ámbito de las letras cordobesas y nacionales, donde figuraba con un prestigio y una autoexigencia igualadas en raras ocasiones. Pocos iguales y mejor ninguno, podemos afirmar categóricamente desde nuestra perspectiva intelectual, puesto que lo consideramos siempre, y lo seguimos considerando, como un estudioso auténtico, que realizó aportaciones singulares en el mundo de la lingüística y de la literatura, para lo que tenía una preparación especial de la que nos parece que carecen, carecemos, muchos otros.

Y junto a su palabra fecunda, legado que ya forma parte de nuestros mejores recuerdos, nos dejó también sus libros, sus estudios, sus aportaciones, brillantes y numerosas, que fue desgranando paulatinamente a lo largo de su carrera docente e investigadora. No vamos a enumerar aquí todas sus aportaciones, porque algunas, si consultamos su semblanza en el Boletín de esta Real Academia (el número 140, correspondiente a enero-junio de 2001), se encuentran desperdigadas en publicaciones de todo el mundo y apenas conocemos más que la referencia. Sería de agradecer, por parte de quien corresponda, una recopilación de todos sus estudios y ediciones para el fondo bibliográfico de nuestra academia, en cuya biblioteca ya figurarán sin duda las más relevantes, como un valioso material de consulta.

Recordemos, con todo, algunos de sus textos más significativos, especialmente los que se refieren a temas literarios y ediciones. Entre los libros que pudieran incluirse en

este apartado que tenemos a la vista (algunos de ellos enriquecidos con una dedicatoria personal a uno de sus alumnos, quizás menos cualificado, pero más constante en sus afectos), se encuentran *Villancicos sevillanos del siglo XVII* (Córdoba, 1973), *La Coronación de Juan de Mena* (Córdoba, 1978), *Poesía cordobesa del siglo I al XVII (Antología crítica)* (Córdoba, 1982), *Poesía galaico-portuguesa* (Córdoba, 1996) y el que creemos que fue su última aportación personal, *Lorenzo Hervás. Sus ideas lingüísticas* (Córdoba, 2003). En el mismo ámbito se incluyen artículos de singular interés, como los dedicados a Góngora: “Estructura de las *Soledades* de Góngora ante la crítica actual” en *El Barroco en Andalucía*, I, 1984, o “*La fábula de Píramo y Tisbe* en la literatura y su culminación en Góngora”, discurso de ingreso en esta Real Academia, publicado en el *BRAC*, en 1992, junto con “Las ruinas en la poesía barroca andaluza”, en *El Barroco en Andalucía*, IV, 1986, o “La historia de los ángeles”, hermosa introducción al libro *Los ángeles*, de Ginés Liébana (Córdoba, 1996). Mayor relevancia tienen algunos de sus libros sobre preceptiva literaria, entre los que hay que mencionar *Técnica del relato y modos de novelar* (Sevilla, 1973) así como su completa y práctica recopilación *Lingüística General: antología de textos* (Córdoba, 1974).

Examinemos someramente algunos de los indicados.

Villancicos sevillanos del siglo XVII es un libro breve que procede de su tesis doctoral, dirigida por el profesor Badía Margarit, titulada *Estudios lingüísticos y literarios en torno a villancicos inéditos del siglo XVII*; este trabajo de investigación fue presentado en la Universidad de Barcelona el 9 de junio de 1958 y obtuvo la máxima calificación. *Villancicos sevillanos* está dedicado a los pliegos que contienen villancicos en la centuria señalada, y se inicia con una introducción sobre la problemática del villancico castellano pasando seguidamente a centrarse en los de tema religioso. Destaca el autor la presencia de la navidad en la literatura española, algo constatado ya en el villancico que cierra la representación de Gómez Manrique, aunque señala que el primer villancico desglosado, independiente de cualquier otro texto, son las coplas de Ambrosio de Montesinos. Entre los diversos datos que aporta, resulta de singular interés los correspondientes a gastos anotados en los libros de fábrica de la catedral de Granada, por los que puede deducirse cierta puesta en escena, casi representación, de los villancicos navideños que se interpretaban en las iglesias y catedrales andaluzas; los gastos invertidos en esta especie de tramoya pudiera considerarse todavía un resto de la representación litúrgica medieval que resulta definitivamente prohibida a lo largo del siglo XVIII. El estudio se centra, como hemos indicado, en los pliegos de villancicos sevillanos, particularmente abundantes y que abarcan un arco temporal consistente, desde 1631 a 1669. Esta abundancia parece resultado de la floreciente industria y comercio sevillanos del siglo XVI, de lo que aún existen ecos en el periodo barroco, especialmente en lo que respecta a celebraciones religiosas. Aunque este libro tiene ya suficiente interés por sí mismo, sería conveniente editar y divulgar el trabajo de investigación originario, la tesis doctoral, sobre todo si, como parece ser, en ella se encuentran transcritos o reproducidos la colección de pliegos que sirve de base a la tesis. Entre los muchos datos curiosos insertos en el texto se señala que en 1657 se documenta por vez primera la presencia de letras de villancicos cantados en la fiesta de la Inmaculada Concepción, en la iglesia metropolitana de Sevilla.

En el libro *Poesía cordobesa del siglo I al XVII (Antología crítica)* se pone de relieve la continuidad de la poesía cordobesa a lo largo de 17 siglos, en las diversas lenguas de los pueblos que han ido ocupando sucesivamente el suelo cordobés (latín, árabe, hebreo, castellano). Por otra parte, don Feliciano señala que casi siempre encontramos a un autor cordobés a la cabeza de un movimiento literario relevante, o al menos

colocado muy cerca de los iniciadores, recordando al respecto a Juan de Mena, don Luis de Góngora o Ángel Saavedra Duque de Rivas, figuras fundamentales de la poesía del XV, la lírica barroca o el movimiento romántico. Esta antología crítica ofrece una introducción a cada parte: poesía latina cordobesa, tanto clásica como mozárabe; poesía escrita en lengua árabe, bilingüe como la anterior, con la inclusión de textos árabes y su traducción castellana; poesía cordobesa en lengua hebrea y poesía castellana medieval, desde los cancioneros, como el de Baena, hasta Góngora y algunos de sus seguidores. Entre Séneca y Góngora aparecen antologados en el libro una treintena larga de poetas. Tanto la selección como los estudios de cada uno de ellos, así como las correspondientes referencias bibliográficas, nos parecen sumamente acertadas; sólo deploramos que no haya llegado el antólogo hasta etapas más avanzadas de la poesía cordobesa, hasta el siglo XIX o incluso hasta el XX, puesto que, si se continúa en alguna ocasión esta labor, algo sin duda deseable, debe hacerse mediante un equipo de personas expertas en el tema, aunque ya las dificultades lingüísticas (el empleo del latín o de las lenguas semíticas, por ejemplo) no resultarán tan complejas como en este volumen. Mediante comentarios críticos el antólogo va anotando autores, textos y referencias bibliográficas, al mismo tiempo que va desgranando sugerencias de investigación y señalando aquellos poetas todavía faltos de estudio crítico y de ediciones adecuadas.

Sus aportaciones más pormenorizadas las encontramos en torno a los poetas medievales, especialmente sobre los cordobeses que se incluyen en el *Cancionero de Baena* y sobre Juan de Mena y su círculo. Si tuviéramos que señalar alguno de los siglos de nuestra literatura como preferido por este investigador, sin duda que podríamos elegir como motivo específico el siglo XV. Aquí se encuentra la poesía de Juan Mena, de una de cuyas obras más difíciles nos ha dejado una edición modélica; se trata de *La coronación de Juan de Mena, edición, estudio, comentario*. Tradicionalmente rechazada por la crítica *La coronación*, dedicada a su amigo el Marqués de Santillana, obra de Juan de Mena, como hemos indicado, aparece en esta edición introducida por una biografía del poeta cordobés en la que se tienen en cuenta no sólo las fuentes clásicas, sino también las últimas aportaciones documentales en torno al tema. El estudio preliminar, modélico en nuestra opinión, introduce la edición del texto en la que se van comentando todos los elementos que pudieran estar oscurecidos para un lector o un estudioso actual, trabajo basado en las notas que el propio Mena puso a este oscuro poema así como en la bibliografía que ha ido generando la obra a lo largo del tiempo. Sin duda que una aportación de este tipo sólo pudiera haberla hecho un experto conocedor de la lírica latina y de la cultura latinizante del siglo XV, como fue el profesor Delgado León.

Poesía galaico-portuguesa es una antología centrada en los poetas gallegos y portugueses de los siglos XII, XIII y XIV, con una esclarecedora introducción y un prólogo del poeta Carlos Clementson. Basándose en los cancioneros medievales más importantes (el de la Vaticana, el de Ajuda, el de Coloci-Brancuti, que para en la Biblioteca Nacional de España), el crítico recopila composiciones de una treintena escasa de poetas, acompañadas cada una de ellas de una traducción que el antólogo llama bárbara, pero que contiene los elementos necesarios para la comprensión del texto junto con un acusado sentido poético por parte del propio profesor. Pero lo que más llama la atención es una espléndida bibliografía que cierra el volumen, muy actualizada y extensa, que pone una vez más de relieve el ingente conocimiento que don Feliciano tenía de los temas medievales hispánicos.

Con *Lorenzo Hervás. Sus ideas lingüísticas*, el investigador pasa a ocuparse de otro siglo poco estudiado, por lo general, como es el siglo XVIII, y de una de las figuras más prestigiosas de la centuria, el jesuita Lorenzo Hervás y Panduro, que fue expulsado de

España por orden de Carlos III, junto con sus compañeros de orden. Hervás nos legó una obra muy extensa, tanto en italiano como en español, parte de la cual es examinada con rigor y profundidad en este libro, que atiende de manera especial a temas lingüísticos, como el problema del hebreo, las lenguas americanas, etc. La bibliografía es, al igual que en las restantes aportaciones, motivo de cuidadosa atención para un investigador que sabe que el conocimiento de las fuentes y de las aportaciones que a lo largo del tiempo se han ido haciendo sobre un tema y un autor son elementos indispensables para llevar a cabo una labor seria, científica. Esto sólo puede hacerlo en estos momentos un profesional que tenga una formación clásica adecuada y que, al mismo tiempo, domine las diversas lenguas de cultura de nuestra sociedad actual, elementos que se daban con creces en la figura de don Feliciano Delgado.

Y estas fueron algunas de las aportaciones que nos parecieron más singulares en el terreno de la edición y de la crítica literaria. Ahora, ya desaparecido físicamente don Feliciano, nos consuela recordar, con las palabras del clásico latino Horacio, que “non omnis moriar”, o con los versos de Jorge Manrique, “que aunque la vida perdió, dejónos harto consuelo su memoria”, memoria que también se concreta en estos estudios literarios y lingüísticos a los que podremos acercarnos cada vez que necesitemos entrar en comunión espiritual con su amplia experiencia humanística.

Por otra parte, ha que señalar que casi ninguna cuestión le era ajena (“hombre soy y no tengo por ajenas las cosas de los hombres”, había dicho el comediógrafo Terencio), ni el mundo de la gastronomía, donde fue considerado un experto cocinero, ni obviamente los estudios de religión, ni la teología, como jesuita que era, ni siquiera la angeleología, de la que también se manifestaba buen conocedor. Y además era muy versado en la poesía en lengua inglesa o alemana (Eliot, Hopkins, Rilke), de los que solía recitar amplios fragmentos. Algunos de los libros que recomendó a sus alumnos, como *Literatura europea y Edad Media latina*, de Curtius, o *El alma de las palabras*, de Restrepo, han formado parte de los grandes hallazgos críticos, literarios o lingüísticos, de las primeras promociones de estudiantes universitarios cordobeses.

Por todo ello, pensamos que aquel sabio profesor nos deja una huella y un legado intemporal, como intemporales, continuadas y eternas deben ser las conversaciones que ahora, es decir siempre, mantiene con aquellos ángeles de los que él mismo escribió: “Hablar de los ángeles es hablar de Dios de una forma existencial y activa en la vida de los hombres. Hoy el hombre descubre en el abismo de su soledad una forma confusa de intuir que no está absolutamente solo. Y recurre a la cercanía de los ángeles para poner nombre a la trascendencia que afirma su intuición vital, aunque su razón sólo lo niegue o lo afirme absolutamente”. Y en esas conversaciones es posible que traten cuestiones teológicas, filológica y, por qué no, también literarias.

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. MANUEL GAHETE JURADO

Horacio en su *Ars Poetica* nos avisa sobre la temporalidad de todo lo humano, incluso de aquello que, como el lenguaje, trasciende la vida de los hombres: “Mortalia

facta peribunt”, “las acciones mortales perecen”¹. El autor latino no se había propuesto en esta epístola, que dedicaba a los Pisones, dictar normas morales sobre la brevedad de la vida ni tratar temas filosóficos que nos obligaran a reflexionar sobre la caduca condición de la naturaleza humana. Se refería a cómo la lengua estaba sometida a cambios continuos, y por tanto había que prestar cuidadosa atención a su uso para evitar arbitrariedades y extravagancias. El pródigo poeta latino, empleando el término en el sentido más lato, se preocupaba de transmitir a los lectores sus lecciones de ciencia, evitando suscitar en ellos la obsesión de un orden sistemático que constriñera onerosamente el proceso de la creación. Más bien pretendía difundir sus ideas como un entretenimiento o solaz del espíritu, descargando de teoría innecesaria la materia del arte, buscando compensar en lo posible utilidad y placer estético. Hemos de tener en cuenta que Horacio se dirigía al hijo adolescente de Lucius Calpurnius Pison, honorable cónsul romano, instándole a evitar los defectos que los jóvenes poetas suelen cometer por sus ansias precipitadas, su imaginación desbordante y la inobservancia de las normas. Horacio, que escribiría esta obra en los últimos años de su vida, recomienda al joven Pison necesaria dedicación en el estudio y mesura para limar las asperezas de cualquier arrebato².

El ilustre profesor belalcazareño Feliciano Delgado, en el tiempo benefactor amigo³, me recuerda mucho al renombrado Horacio tanto por su consejo raramente obsequioso como por su interés en transmitir con eficacia y deleite los tesoros de su conocimiento:

Scimus, et hanc veniam petimusque damusque vicissim;
Sed non ut placidis coeant immitia, non ut
Serpentes avibus gementur, tigribus agni⁴.

No recuerdo que el profesor Delgado hablara de poesía en aquellos primeros años de estudios filológicos en la incipiente Universidad de Córdoba, que él había colaborado a forjar. Fue un tiempo difícil de controversia y crisis, azorado como estaba el panorama político, hervidero de tensiones y profundos cambios sociales. Un jesuita como él tendría que responder con resolución ante las presiones de una confesionalidad laicista que emergía pungente, reforzada por la eclosión de los sectores críticos contra la dictadura franquista que adolecía agónica⁵. En 1975 nos enfrentamos a la férula persuasiva y

¹ Q. HORATII FLACCI, *Oeuvres d'Horace* [Édition classique avec notice et commentaires en français para M. F. Dubner] Paris/Lyon, Librairie Jacques Lecoffre, 1877 [*Epistola ad Pisones. Ars Poetica*, v. 68], p. 462.

² Horacio nace el 8 de diciembre del año 65 a. C. (689 de Roma) en Venosa, villa de Apulia en la frontera de Lucania, y muere en el año 8 a. C. (746 de Roma).

³ El ilustrísimo académico Feliciano León Delgado nace en Belalcázar (Córdoba) el 16 de mayo de 1926, de donde es Cronista Oficial, y muere en Córdoba el 14 de julio de 2004 (Vid. ‘Galería de académicos’, en BRAC, 140 [2001], pp. 5-6).

⁴ “Debemos aprender, y de nuevo pedimos y concedemos esta indulgencia, no sólo para que lo amargo no quede revuelto con lo dulce [para que la aspereza no se confunda con la ternura], sino también para que las serpientes no formen pareja con las aves, ni los corderos con los tigres” (Traducción del autor).

⁵ Ingresó en la Compañía de Jesús en 1946. Estudia Humanidades en el Colegio de San Luis Gonzaga de El Puerto de Santa María (Cádiz) y Filosofía en la Facultad de Filosofía de San Cugat del Vallés (Barcelona) en 1947. En 1957 termina la licenciatura en Filosofía y Letras, Sección de Lenguas Románicas, en la Universidad de Barcelona, con Premio Extraordinario. En 1958, el doctorado en Filosofía y Letras, Sección de Lenguas Románicas, en la Universidad de Barcelona (Sobresaliente *cum laude* y Premio Extraordinario). Este mismo año marcha a Estados Unidos para licenciarse en Teología en el West Baden College, de la Loyola University de Chicago. Se ordena de sacerdote en 1961, continúa sus estudios teológicos y enseña Literatura de los Siglos de Oro en la Universidad de Loyola, Chicago.

amable de un profesor tocado por la pasión de la palabra y algunas obsesiones originales. Su prestancia, su puro, su galgo y su voz abrasiva velaban todo indicio de vocación jesuítica. No lo hubiera imaginado administrando sacramentos, investido con el don de perdonar pecados, predicando el amor constante. Sí, conocía su ardor por el análisis, su sabiduría fogosa, ese lance del trabajo cotidiano que ejercitaba con denuedo, sin temor al frío sosegado de las primeras horas del alba en los ancestrales claustros de la facultad capitalina.

Confieso que me cuesta todavía concebirlo envuelto en la parafernalia litúrgica, conculcando su voluntad a la divina obediencia, mortificando su deseo, quebrantando el látigo de la soberbia, sometiéndose al rúspice de la autoridad, subordinando su energía y su prestigio al espíritu de la Orden y a los planteamientos acordados, tal como exigía Horacio cuando se refería a los creadores de la 'poiesis' y cómo debían observar las leyes de la unidad y la belleza⁶; aunque lo evoco, clarividente, disertando sobre sintaxis estructural y gramática histórica, expresando sin encogimiento sus opiniones sobre las tesis de sus colegas lingüistas por muy eximios y acreditados que fueran.

No podría decirse de él que fuera un personaje al uso. Como buen jesuita, se caracterizó por su eclecticismo, compilando lo mejor de la época aunque manteniendo una peculiar idiosincrasia. En la lejanía del recuerdo se avistan esas ráfagas invisibles de su sacerdocio, la diligencia en los horarios, el tono retórico de sus lecciones, la corrección rigurosa y ese claro afán didáctico que lo empapaba todo⁷.

Tras el alejamiento de las aulas, mi memoria no acierta a vislumbrar más que algunos centelleos fugaces de un profesor interesado por los paladares gastronómicos y, curiosamente, por la poesía cordobesa. Recuerdo cómo me acerqué a la conocida plaza del Cardenal Salazar una mañana para regalarle, dedicado, uno de mis primeros libros, *ensemble entente* entre la pasión y la filosofía que después ha marcado esencialmente mis versos con sus controversias y afinidades. Sin inferencia alguna, desde aquel momento comenzó a llamarme poeta.

El reencuentro definitivo se produce años después en la Real Academia de Córdoba. Acababa de ser elegido quien les habla miembro correspondiente por Fuente Obejuna de esta centenaria institución cordobesa. Corría el año 1991. Aún las sesiones se celebraban en uno de los salones interiores del Círculo de la Amistad, aunque ya se columbraba como una situación transitoria. Ansioso de ejercer como académico, me esforzaba por trabajar en asuntos de mi disciplina, la filología y la literatura románicas, a fin de publicar y labrarme un lugar en el ámbito de la cultura. No hubiera temblado de no ser por la presencia en la sala del ínclito profesor universitario que me contemplaba amable. Pero estaba allí, y el reto era tan imperioso como el afán por superarlo. Arduo tema el del comentario filológico aplicado a las cantigas de amigo de la poesía galaico portuguesa que mi interlocutor y maestro conocía también. No creo que él pudiera darse cuenta de mi zozobra pero a él le debo, entre otros muchos beneficios, el de

⁶ Feliciano Delgado, hombre generoso de gustos refinados, a quien le agradaba la vida galante, me regaló el texto de Homero que reseñó poco antes de morir, como regalo de amistad, sin otro motivo. No era la primera vez que me honraba con su regalo y su afecto.

⁷ Su enseñanza universitaria se puede resumir de la siguiente manera: Ayudante de «Gramática Histórica de la Lengua Española» en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona (1959), «Textos medievales en St. Louis University, St. Louis Missouri (1961), «Lengua Española» en la Universidad de Quito (1962-1963); adjunto numerario de «Gramática Histórica», Universidades de Sevilla y Córdoba; catedrático de «Lingüística General de la Universidad de Córdoba»; y profesor emérito de la Universidad de Córdoba. Ha impartido las siguientes materias: «Lengua Española», «Gramática Histórica de la Lengua Española», «Metodología de la enseñanza de lenguas», «Lingüística General» y «Lingüística Indoeuropea».

haberme dispuesto a la lucha interior de encubrir y vencer mi azoramiento. Me preguntó ¿cómo no! sobre la materia expuesta y mi razón supo campear el temporal dialéctico con mesura y firmeza. Tras aquella sesión también comenzó a respetarme como investigador y filólogo.

La poesía y el ensayo me fueron uniendo al viejo y joven profesor universitario, a quien podría definir, intercambiando los valores del tópico clásico, como *senex puer*: vigoroso y sesudo, locuaz y mesurado, docente y discípulo. Cada vez fueron más habituales las coincidencias y el diálogo. Amigos comunes, compartidas tertulias, reuniones académicas, congresos especializados. En 1998, tuvo a bien invitarme al I Congreso Internacional sobre el Cancionero de Baena⁸. En la presentación me honraba entrelazando con elocuente armonía mi actividad científica y mi vocación literaria.

Enfrascado siempre en proyectos científicos, que abarcaban temas tan multidisciplinares como la lingüística⁹, la filología y la crítica literaria¹⁰, la religión y la teología¹¹, el arte, la antropología y la historia¹² y hasta los privativos de su orden jesuítica¹³, desde ángulos y perspectivas calidoscópicas, me lo encontraba frecuentemente

⁸ Ha dirigido además el Congreso de la Sociedad Internacional de Amigos de los Museos, el I Congreso Internacional sobre novela andaluza y el IV Congreso Internacional de Lingüística, entre otros.

⁹ *Lingüística general* (Córdoba, 1973); *Lingüística General*, 2ª ed. muy aumentada (Córdoba, 1977); «Fonología española», *sic* (Venezuela), 16 (1962) 191-312; «El fenómeno -as> -e en Puente Genil. Sociología de una norma lingüística», en *Revista de la Sociedad Española de Lingüística*, 7 (1977), pp. 81-96; «Sons et langage», en *RAVI*, 3 (1977) pp. 118-126; «Gramática clásica, gramática española, historia de la lingüística», en *Revista de la Sociedad Española de Lingüística*, 7 (1977), pp. 80-96; «Irlandés y francés en Sevilla en el siglo XVII», en *Homenaje al Dr. D. José Hernández Díaz*, I (Sevilla, 1981) pp. 90-98; «Una gramática medieval de Vicente de Beauveais», en *Alfinge*, 3 (1985), pp. 21-28; «La *Grammatica Auda* de Caramuel», en *Alfinge* (1986), pp. 181-192; «Lengua y Geografía», en *Miscelánea Geográfica en homenaje al Profesor Luis Gil Varón*, pp. 73-86; «Derecho y lingüística actual», en *Derecho y opinión*, 3 y 4 (1996), pp. 433-442; «Ideas de Hervás sobre el lenguaje», en J. A. de Molina, J. de D. Durán, *Estudios de Lingüística General*, Granada, 1997, pp. 69-81.

¹⁰ *Textos del barroco* (Málaga, 1962); *Villancicos sevillanos* (Barcelona, 1965); *Técnicas del relato y modos de novelar* (Sevilla, 1973); *La coronación del Marqués de Santillana de Juan de Mena*, ed. crítica y anotada (Córdoba, 1976); «Fundamentos teóricos del simbolismo medieval», en *Traza y Baza* (Barcelona), 4 (1979), pp. 45-52; «Un manuscrito de Bartolomé Leonardo de Argensola», en *Archivo de Filología Aragonesa*, 24/25 (1980), pp. 275-285; *Poesía Cordobesa. Siglos I al XVII* (Córdoba, 1982); *Textos hispánicos comentados* (Córdoba, 1984); «El problema de las fuentes en la mitología de Juan de Mena», en *Alfinge*, 3 (1984), pp. 67-79; *El lenguaje de la novela* (Córdoba, 1988); *Poesía galaico-portuguesa* (1996). «Amado Nervo: Revisión y análisis», en *Estudios Americanos*, 9 (1955), pp. 5-21; «Pensamiento y estilo en Albert Camus», en *Razón y Fe*, 157 (1958), pp. 151-172; «Relatos franceses sobre Hispanoamérica», en *Estudios Americanos*, 16 (1958) pp. 127-142; «El mundo complejo de William Faulkner», en *Razón y Fe*, 164 (1961), pp. 293-308; «John Steinbeck», en *Razón y Fe*, 168 (1963), pp. 419-428; «Hemingway: Nuevos caminos de la novela europea», en *Reseña*, 7 (1967), pp. 14-21; «Poesía social española», en *Revista de la Universidad de Comillas*, 5 (1967), pp. 12-36; «Villancicos sevillanos del siglo XVII», en *Homenaje al Dr. Muro Orejón*. I (Sevilla, 1979), pp. 70-83; «La profecía de las Sibilas en el ms. 810 de la Catedral de Córdoba y los orígenes del teatro nacional», en *Revista de Filología Española*, 67 (1987), pp. 77-87; «La fábula de Píramo y Tisbe en Góngora y su culminación en Góngora», en *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 63 (1992), pp. 37-54.

¹¹ «Thomas Merton: estructura y análisis», en *Razón y Fe*, 168 (1963), pp. 39-48; «Libro de la Infancia y muerte de Jesús», en *Archivo de Filología Aragonesa*, 16/17 (1971), pp. 453-463; «Verdad hebrea y verdad románica en la Biblia de Ferrara», en *Actas del Simposio Internacional sobre la Biblia de Ferrara*, 1994, pp. 141-148.

¹² *La Vida de Virgilio de D. Enrique de Villena* (Córdoba, 1974); *Álvaro de Córdoba y la polémica contra el Islam: El Indiculum Luminosus* (1996); «El P. Jerónimo de Nadal y la pintura sevillana del siglo XVII», en *Archivum Historicum (Roma)*, 28 (1959), pp. 354-363; «Estado actual de la cultura», en *Revista de Fomento Social*, 188 (1992), pp. 511-521; «Álvaro de Córdoba», en *Actas del Primer Congreso de Cultura Mozárabe*, 1996, pp. 73-88.

¹³ «Los jesuitas y las lenguas amerindias», en *Actas del Congreso Internacional de la Compañía de Jesús*

con su ligero equipaje y su británico aire de gentleman rumbo a los destinos más usuales: La Sorbonne de París, el King's College de Londres, la Universidad de Montpellier, la Columbia University de New York, el Colegio de México, y los más inusitados: Japón, Tailandia, Irán, La India. Iba y venía, impartiendo conferencias por todo el mundo con esa rara facultad de convertir en cotidiano los éxodos y las hégiras más inverosímiles¹⁴.

He de reconocer que el vínculo más estrecho se forjó en esta Real Academia de Córdoba, y de manera especial en las reuniones del Instituto de Estudios Gongorinos, del que fue director en los últimos años. Infatigable trabajador¹⁵, y haciendo gala de un sentido del humor inopinado y una vitalidad desbordante que mantuvo hasta los últimos instantes de su vida, nos instaba a reescribir el libro sobre la *Poesía Religiosa de Góngora* que actualmente Antonio Cruz y yo mismo preparamos para dedicarle, con sobrio afecto, un póstumo homenaje. El amor por la filología y el estudio nos había unido definitivamente en la conjunción de ideales y proyectos que trascenderían más allá de la muerte. Escuchándolo a él rememoro nítidas las palabras de Horacio:

– Pictoribus atque poetis

Quidlibet audendi semper fuit aequa potestas—¹⁶

He seguido su consejo. Dios lo tenga en su gloria.

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. RAFAEL MIR JORDANO

Vivimos una vida planetaria con muchos volcanes en erupción (Irak, Palestina, Colombia, Sierra Leona...) que emergen como pústulas en una superficie absolutamente plana, aunque la tierra sea redonda. Superficie con reconocibles cortes verticales sucesivos: la opulencia, la riqueza, el bienestar, las carencias, el malestar, la pobreza... Sí, es un mundo de locos, algunos tan famosos como Ben Laden. No menos fama tiene Bush, un guerrero enloquecido, que no fue licenciado de su tarea de dirigir el mundo,

en *América*, 1993, pp. 29-70.

¹⁴ Ha dictado numerosos cursos monográficos fuera de la Universidad de Córdoba: «Textos del Siglo de Oro» (Loyola University, Chicago), «Retórica y pragmática» (University College, Londres), «Literatura medieval española» (King's College, Londres), «Literatura medieval española» (La Sorbonne, 1. París), «Curso de nahuatl» (Universidad de Sevilla) y «Lingüística y Paleontología» (Fundación Areces, Madrid). Y conferencias de temas lingüísticos y filológicos en las universidades siguientes: Chicago University, St. Louis University Miss., Indiana University, Bloomington Indiana, Columbia University (New York), Colegio de México (México DC.), King's College (Londres), la Sorbonne (París), Univ. de Montpellier, Universidades de León, Oviedo, Barcelona, Salamanca, Valencia, Valladolid, Granada, Cádiz y Jaén.

¹⁵ *Senet quiete*, ultimaba la traducción de la *Confesio* de Álvaro de Córdoba y otras cuestiones de Lingüística General; además de la ordenación y clasificación del Archivo de los Jesuitas en Sevilla, labor que le ocupaba casi todo su tiempo y lo obligaba a viajar diariamente a la ciudad vecina, alternando esta tarea con sus salidas al extranjero y sus conferencias universitarias que no abandonarían nunca.

¹⁶ «Tanto en el terreno de la pintura como en el de la poesía, la posibilidad siempre fue favorable al que se arriesga» (Traducción del autor, donde se infiere la sentencia clásica: «La fortuna favorece a los audaces»).

porque muchos estadounidenses siguen obnubilados por el impacto del desastre del 11 S.

Pero si la tierra nos puede parecer plana en un ejercicio de imaginación, no es fruto de imaginación sino comprobación fácilmente accesible para cualquiera, la de que es plana la vida cerebral de la mayoría de los que nos rodean, nos mandan, nos informan, nos visitan... Sea porque casi todas las personas están alineadas con un programa de partido político o con una religión, y no tienen ni una sola idea que no les sea dada, o por otras causas que no alcanzo ahora, lo cierto es que hoy, a diferencia de ayer mismo —hace cincuenta años— vemos clónicos por todas partes; es decir, no alineados, sino alienados.

Bajando desde la altura casi de vértigo desde la que me ha dado por comenzar, razono que lo anterior me lleva a constatar, ya en un plano inferior y más particular, que estamos huérfanos de personalidades, de identidades reconocibles a primera vista.

Por eso cuando se muere una de las pocas personalidades con la que podíamos convivir, nos embarga un doble sentimiento doloroso: por quien se va y por los que quedamos, condenados cada día más a silencios interminables o a diálogos torpes.

En cierta ocasión Feliciano Delgado decía misa de tarde en San Hipólito, con una plácida concurrencia de mayores, no numerosa. De repente un joven se plantó frente al altar y comenzó a gritar que aquel sacerdote era un profesor universitario injusto. Feliciano no se descompuso por las inesperadas voces del suspendido; sin separar las manos que tenía juntas en actitud de oración, dirigió su vista al crucificado y con voz suficiente solamente dijo:

—Perdónalo, Señor, porque no sabe lo que dice.

Para hacer algo así, no basta con tener clara inteligencia y rapidez de reflejos. Es necesaria una personalidad gigantesca. La que él tenía.

Este serrano cordobés, nacido concretamente en Belalcazar, ingresó en la Compañía de Jesús en 1946 y siempre supo, y lo dejaron, compaginar su condición esencial de jesuita con la de viajero, profesor e hijo único de mujer mayor, con la que convivió en sus últimos tiempos, siendo los de Feliciano los mismos de cualquier sacerdote habitante de San Hipólito, colegiata a la que intentaba llevar al pueblo más allá de los actos religiosos, con los culturales, como el académico del día de Góngora en el que no hace mucho tiempo intervino.

Su condición de jesuita no le impidió, obviamente, fumar en pipa, ni su voto de pobreza conocer, divulgar y practicar las artes de la cocina, pues parece claro que para ser buen *gourmet* no hay que ser pecador empedernido.

Licenciado en Filosofía y Letras, sección de lenguas románicas, en 1957 con premio extraordinario, se doctoró un año después con la calificación de sobresaliente *cum laude*.

Da un salto trasatlántico y se licencia en Teología en la universidad estadounidense de Loyola, en Chicago y se ordena sacerdote en 1961.

Investigar, escribir y enseñar fueron sus constantes, habiendo investigado y escrito en todo lugar y enseñado en las universidades de Barcelona, St. Louis Missouri, Quito, Sevilla, University College de Londres, King's College también de Londres, La Sorbonne de París, recalando en la de Córdoba como catedrático de Lingüística General, tras ser adjunto numerario.

Tuve la fortuna de que él y yo nos intercambiábamos dedicados nuestros libros, lo que me deparó la satisfacción de dedicarle poco tiempo antes de su fallecimiento mi libro de caza, que él abrió como si de sus páginas fueran a brotar aromas de las jaras de nuestra sierra norteña. Creo recordar que en la breve dedicatoria aludí a su condición de

intelectual provocador, condición que él, polemista nato, no quiso discutirme.

Naturalmente en este intercambio de libros fui ganador absoluto, porque recibí mucho más de lo que pude dar. La bibliografía de Feliciano Delgado es muy amplia aun con la exclusión de las muchas decenas de artículos de investigación y de los cientos de artículos de prensa de que fue autor. Libros suyos son: *Textos del Barroco* (Málaga, 1962), *Villancicos sevillanos* (Barcelona, 1965), *Técnicas del relato y modos de novelar* (Sevilla, 1973), *Lingüística General* (Córdoba, 1973), *La Vida de Virgilio de D. Enrique de Villena* (Córdoba, 1974), *La coronación del Marqués de Santillana de Juan de Mena* (Córdoba, 1976), *Poesía cordobesa. Siglos I al XVII* (Córdoba, 1983), *El lenguaje de la novela* (Córdoba, 1988), *Textos hispánicos comentados* (Córdoba, 1984), *Alvaro de Córdoba y la polémica contra el Islam: El indiculus Luminus* (1996) y *Poesía galaico-portuguesa* (1996).

Juntos a estas, muchas otras obras colectivas, en las que él participó.

No sé si llegó a terminar *senet quiete* la traducción de la Confesio de Alvaro de Córdoba y otras cosas de lingüística general que en 2001 decía tener entre manos.

No puedo concluir esta intervención, obligadamente breve, sin referirme a una de las cualidades más destacadas del profesor, escritor y amigo: su sentido del humor.

Puedo asegurar y aseguro que nunca le abandonó: de ese sentido del humor hizo gala en las reuniones que ha poco tiempo tuvimos los miembros del jurado de un premio de novela, que no puedo denominar porque la cuestión está *sub judice*, como decimos los juristas, y la composición del jurado se dará a conocer con el premio. Y ese inherente humor del bueno está patente en muchas anécdotas de su vida. Con una de ellas termino:

Un compañero del claustro universitario aludía enfadado a las molestias que el perro de Feliciano ocasionaba, y él replicó pidiéndole respeto para el perro:

—Ten cuenta— le dijo— que mi perro es capaz de entender a Haendel y de gozar con su música, y tú no.

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. JOAQUÍN MELLADO RODRÍGUEZ

En cumplimiento de nuestra norma estatutaria, celebramos hoy sesión extraordinaria *in memoriam* del que fue nuestro compañero de corporación, D. Feliciano Delgado León. Mis primeros recuerdos de D. Feliciano se remontan al curso 1967-68, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, adonde él llegó procedente de Estados Unidos cuando yo cursaba segundo año de carrera. Desde el primer momento se hizo notar por esa actitud tan peculiar, tan suya, de marcar las diferencias, aunque, eso sí, sin concederle aparentemente la menor importancia: en la primera imagen que conservo de él llevaba mascota y pantalón vaquero, lo que suscitó duras críticas e incluso el escándalo entre quienes no estaban dispuestos a aceptar tal indumentaria en un profesor y sacerdote, mientras a los alumnos se nos obligaba a ir a clase de chaqueta y corbata. Pocos meses después tuve ocasión de conocerle personalmente cuando un grupo de compañeros y compañeras de clase fuimos invitados por él a una fiesta en la

residencia del militar americano responsable de la base aérea de Morón de la Frontera, en el barrio de Sta. Clara de Sevilla. En la Facultad llamó la atención el hecho de que, recién llegado a Sevilla este profesor brillante, distinto, inseparablemente unido a su pipa, el jesuita ultramoderno -como entonces se le consideraba-, fuera nombrado capellán de los jefes y oficiales católicos de la base estadounidense -sin duda por sus amplios conocimientos del inglés y la cultura americana, con la que había convivido bastantes años-.

Pocos años duró su estancia en Sevilla, pero sí los suficientes para granjearse el aprecio y simpatía de numerosos miembros del claustro de la Facultad pertenecientes a los ámbitos e incluso ideologías más diversos. Al iniciar su andadura el Colegio Universitario de Córdoba, en octubre de 1971, se le confió la subdirección del mismo, trasladando su residencia a nuestra ciudad, a la calle Deanes. Fue a partir de este momento cuando realmente se forjó nuestra amistad: también yo, recién terminada la carrera, contratado como Profesor Ayudante en la Facultad de Sevilla, comencé a desplazarme semanalmente al Colegio Universitario de Córdoba acompañando al Catedrático de Latín. Cuando llegábamos al viejo, pero remozado Palacio del Cardenal Salazar, los miércoles en torno a las 8,45 h., encontrábamos indefectiblemente a D. Feliciano paseando por la galería de la entrada solazándose con la lectura de un autor griego o latino en su versión original. Esta afición suya a los autores clásicos fue el principio de nuestra amistad, que se vio incrementada considerablemente cuando, al crearse la Universidad de Córdoba e independizarse de Sevilla el hasta entonces Colegio Universitario, fui invitado por D. Feliciano para venirme a Córdoba y ponerme al frente del Departamento de Latín del nuevo centro. Fue él quien me convenció para que dejara la Universidad Hispalense y me viniera a trabajar a esta universidad y a mi tierra. Jamás le agradeceré suficientemente aquella insistencia con que disipó mis dudas y recelos iniciales, tanto por dejar una universidad con la solera de la hispalense cuanto por la enorme responsabilidad que asumía al hacerme cargo de un departamento a pesar de mi corta experiencia, cuando todavía estaba preparando mi tesis doctoral. Posteriormente, en el último decenio, esta relación de amistad, ya acrisolada tras más de veinte años compartiendo afanes profesionales, devino en sintonía y colaboración intelectual: coincidíamos en un interés mutuo por los autores mozárabes cordobeses, aunque desde diferente perspectiva: a él le interesaban fundamentalmente los planteamientos teológicos, los primeros enfrentamientos en Occidente entre la teología católica y el Islam; a mí la perspectiva lingüística. Por este motivo se integró en el grupo de investigación que yo dirigía y dentro del primer proyecto que nos concedió el Ministerio de Educación y Ciencia publicó el libro sobre *Álvaro de Córdoba y la polémica contra el Islam. El Indiculus Luminosus*, Córdoba, 1996. La muerte cercenó su vida y, con ella, muchos proyectos iniciados: entre otros, la traducción y estudio teológico de la *Confessio* de Álvaro en los que venía trabajando durante los dos últimos años y que, según me confesaba en el hospital, dos días antes de su muerte, estaba a punto de concluir.

Por tanto, no creo que tenga que esforzarme *hic et nunc* para convencer a mi amable auditorio de que, hablar de D. Feliciano Delgado es para mí, ante todo, hablar de un amigo entrañable y, por consiguiente, no tengo empacho en reconocer que quizá no pueda garantizar la objetividad deseable, pero, en cambio, sí puedo prometer que mi opinión siempre será sincera.

En este sentido, creo que, entre las múltiples aportaciones de D. Feliciano, yo, por profesión y convicción, debo enfatizar su denodado esfuerzo y participación destacada (junto a otras relevantes personalidades) en la consecución de una Universidad para la ciudad de Córdoba; no me refiero a su posible participación en la decisión política -

algo ajeno a su competencia, pero en la que también puso su granito de arena—, sino al empeño y tenacidad en su defensa de un elevado nivel docente en el Colegio Universitario, que acreditara ante los políticos nuestra capacitación para asumir retos de mayor envergadura, a pesar de los escasos medios con que se contaba en aquellos primeros años realmente heroicos; me refiero también a sus desvelos por el funcionamiento de la casa (donde se impartían las titulaciones de Filosofía y Letras y Derecho), desde aspectos tan prosaicos como la limpieza, el arreglo de la baldosa que se rompe, el grifo que no funciona... hasta la dotación progresiva de la bibliografía más necesaria, el funcionamiento de la administración, las ampliaciones de plantilla con nuevos contratos de profesorado y un interminable etc. Hubo momentos en que parecía que todo, absolutamente todo, dependía de él. No me resisto a mencionar una anécdota que refleja con bastante exactitud la percepción que se tenía de su papel en el Colegio Universitario: me encontraba tomando café con unos compañeros en un lugar próximo, donde había también un grupo de alumnos; uno de éstos se despide del resto con la siguiente frase: “bueno, que mañana nos vemos en ca’ el Feliciano”. En efecto, para algunos alumnos como los citados—y tal vez para alguien más— el Colegio Universitario, para bien o para mal, venía a ser algo así como la casa de D. Feliciano: tanto interés y empeño ponía en el ejercicio de su función de responsable del centro.

Ese personaje que deambulaba absorto por la Judería, enganchado permanentemente a su pipa y a su perro, cuya ventana de la calle Deanes desprendía constantemente un exquisito aroma musical (un atractivo más para los ya numerosos turistas de la zona), cuyos gestos pintorescos fueron imitados hasta la saciedad por algunos emuladores, deseosos —pero incapaces— de atraer la atención como él, fue durante más de quince años una estampa consustancial al barrio hasta el punto de llegar a formar parte de la memoria colectiva de nuestra ciudad; fue un hombre de una facilidad sorprendente para suscitar filias y fobias; un hombre muy difícil de encasillar en una definición mínimamente aceptable para todo el que lo conociera; pero también un hombre que a nadie dejaba indiferente y, en consecuencia, controvertido.

Si hubiera que resaltar un rasgo de su carácter, yo no me atrevería a destacar sólo su chispa e ingenio, sus grandes dotes de conversador ameno y fácil, su inteligencia y vasta cultura, virtudes evidentes para todo aquel que lo haya tratado siquiera someramente; tampoco su originalidad, algo fuera de toda duda; sus singulares y exquisitas dotes culinarias, su extraordinaria afición a la música clásica; su rara generosidad...; en fin, todos estos son rasgos y virtudes que le acompañaron siempre, pero que, a mi juicio, no destacaron claramente unos sobre otros. Si yo tuviera que definir su característica más singular, optaría por resaltar su auténtica pasión por mostrarse diferente, su obsesión por huir del adocenamiento, lo que a veces le llevaba incluso a defender peregrinas opiniones que sorprendían a propios y extraños. En multitud de ocasiones nos hizo disfrutar a sus amigos viéndole salir airoso, a fuerza de imaginación y *vis dialéctica*, de los auténticos laberintos adonde le conducía esa inclinación, cuando no obsesión por opinar de manera distinta a los demás, manejando con sorprendente destreza y habilidad el concepto tan jesuítico de la restricción mental.

Este hombre fue también sacerdote y —*rara avis* en los tiempos que corren—, versado en Sagrada Escritura y Patrística, tanto griega como latina, que fue el motivo que le llevó al estudio de los autores mozárabes, especialmente de los textos teológicos de Álvaro, autor por el que sentía una profunda atracción. Pues bien, para un creyente (y yo lo soy) no parece casualidad el que D. Feliciano dedicara los dos últimos años de su vida al estudio de la obra con que Álvaro, también al fin de sus días, tratando de arreglar sus cuentas con Dios, escribe la *Confessio*, sentida confesión en la que suelta rien-

das a su alma atormentada y, con el estilo barroco y rebuscado que le caracteriza, después de reconocer sus pecados, nos ofrece, en forma de oración, una excelente síntesis de su credo. Es evidente que D. Feliciano Delgado leyó muchas veces este texto, hasta tal punto que yo estoy convencido de que casi lo sabría de memoria, como repetía de memoria (en latín, por supuesto) decenas y decenas de versos de Virgilio, de Catulo, de Ovidio etc. También estoy seguro de que recurriría a él en más de una ocasión en su oración, en sus relaciones con Dios. Por eso, me van a permitir ustedes que concluya este mi testimonio –no quiero abusar más de su amabilidad y paciencia–, poniendo en boca de D. Feliciano las últimas palabras del tratado de Álvaro, que traduzco: “Manda tú, Señor, aceptar mi confesión y conceder con largueza a tu pequeño siervo lo que por tu gracia nos ha sido distribuido; y de la misma manera que me ves tembloroso por mi escaso bagaje, y sabes que no presumo de otra cosa sino de ti, así, hacedor mío, defiéndeme todo entero, puesto que todo entero me he confiado a ti; que de la misma manera que fui creado por ti y tomo este aliento vital por regalo tuyo, y existo y me sustento todo entero gracias a ti y, redimido todo entero por ti, vivo en este mundo mortal, así también, poseído en el futuro por ti y juzgado favorablemente por tu perenne y benévolo poder, merezca por tu gracia recibir los dones ‘que ni el ojo vio ni el oído oyó ni ascendió al corazón del hombre’¹ y, por toda recompensa, merezca también gozar enteramente de ti, mi verdadero descanso. Con tu ayuda, que reinas trino y uno por los siglos de los siglos. Amén”².

Que Dios, a quien tantas veces rezó e imploró, en cuyo nombre con tanta frecuencia actuó, a quien tantas horas de estudio dedicó, a quien ofreció su vida entera al consagrarse al sacerdocio, lo tenga en su gloria.

INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. D. JOAQUÍN CRIADO COSTA

En el verano del pasado año, el 14 de julio, moría en Córdoba el Ilmo. Sr. D. Feliciano Delgado León. Un sabio donde los hubiera. Un humanista donde los hubiera. Un maestro donde los hubiera.

La tarde de ese día la pasé velando su cadáver en la Real Colegiata de San Hipólito junto con el Prof. Mellado Rodríguez, los jesuitas Jaime Loring, Porrás del Corral, Luis Gil Varón y otros, además de numerosos amigos del que fuera insigne lingüista.

En un momento determinado sonó mi móvil y era Fernando del Valle, el director del diario *ABC*. Me solicitó un artículo sobre el P. Feliciano para publicarlo al día siguiente. Me justifiqué, porque las circunstancias familiares de aquellos días me impedían concentrarme y porque esa misma noche me ausentaría de Córdoba.

Sí le acepté, en cambio, que el redactor Raúl Ramos me hiciera una entrevista, que se publicó en el referido medio el día 15, aunque en forma de ráfagas. Hablé de su

¹ Frase tomada de Tertuliano (*De spectaculis* 30), que después repiten una multitud de autores cristianos.

² Tomo el texto latino de la magnífica edición de Juan Gil, *Corpus Scriptorum Muzarabicorum*, vol. I, Madrid, 1973, pp. 329-330.

integridad. Dije entonces, como muchas veces le había dicho al propio Feliciano, que era un gran hombre, en el que todo era grande: sus pocos defectos y sus muchas virtudes. Añadí que en la Academia quedaba, pendiente de reedición, el libro *La poesía religiosa de Góngora*, del P. Salvador Loring, a propuesta suya.

Aquella tarde del 14 de julio pasó por la película de mi memoria la vida de Feliciano Delgado en Córdoba desde que lo conocí. Su figura irrepetible, aunque imitada, con pipa y perro por las calles de la Judería; su aire de sabio despistado por las galerías del viejo caserón que fue hospital antes que Facultad de Filosofía y Letras; su casa de la calle Deanes, donde tantas veces nos dio a los amigos pruebas de sus aptitudes culinarias; su madre, D^a. Rosario, ilustre dama nacida en Marmolejo, igualmente magnífica cocinera, mujer animosa y optimista; las amenas tertulias en el restaurante "El Churrasco", con José Luis Escudero, Enrique Aguilar, Carlos Clementson y el desaparecido pintor Rafael Orti entre otros; y algunos viajes como el realizado con José Luis Escudero y el Prof. José Andrés de Molina a Lisboa y otros lugares de Portugal.

En todas las ocasiones Feliciano Delgado era único: por empedernido viajero y por persona culta y cosmopolita, para quien el mundo, en su libertad, no tenía barreras.

Había nacido en la villa cordobesa y monumental de Belalcázar el 16 de mayo de 1926, en el seno de una de sus familias más nobles. Estudió en bachillerato en el Instituto de Córdoba y en el Colegio San Estanislao de El Palo (Málaga) y a los veinte años ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús en El Puerto de Santa María. Se licenció en Filosofía en la Facultad de San Cugat del Vallés (Barcelona) en 1947 y en Filosofía y Letras (Sección de Filología Románica) en la Universidad de Barcelona en 1955, con Sobresaliente y Premio Extraordinario. Tres años después y en la misma universidad obtuvo el doctorado con la tesis "Estudios lingüísticos y literarios en torno a villancicos inéditos del siglo XVII", que mereció la calificación de Sobresaliente. En su expediente de filólogo, que hemos podido localizar, constan siete sobresalientes con matrícula de honor, diez sobresalientes, siete notables y dieciocho aprobados. Como curiosidad diré que se le daba muy bien el Latín, el Portugués y la Literatura española e hispanoamericana y no tanto -paradojas de la vida- el Griego, el Italiano, la Gramática Histórica y las restantes Literaturas románicas incluida la catalana.

Con una clara vocación por el estudio, en 1958 se marchó a Estados Unidos y en 1960 se licenció en Teología en el West Baden College de la Loyola University, de Chicago, y en 1961 se ordenó sacerdote en la misma ciudad y obtuvo el doctorado en Lenguas Clásicas en la John Hopkins University de Baltimore (Estados Unidos).

Como profesor, ejerció en el colegio sevillano de Portaceli y en las universidades de Barcelona, Loyola University, St. Louis de Missouri, Quito, Sevilla y Córdoba, recorriendo todos los grados o estamentos docentes: En la Universidad de Barcelona, Ayudante de "Gramática Histórica de la Lengua Española" (1959). En la St. Louis University, de St. Louis, Missouri, Profesor de "Textos medievales" (1961). En la Universidad de Quito (Ecuador), Profesor de "Lengua Española" (1962-63). En la Universidad de Sevilla, Ayudante de Clases Prácticas de "Historia de la Lengua Española" (1965-66); Colaborador del Departamento de "Lengua Española" (1966-67); Encargado de Curso de "Metodología de la Enseñanza de las Lenguas Vivas" (1967-68 y 1968-69); Adjunto interino de "Gramática Histórica de la Lengua Española" (1967-68); Agregado interino de "Lengua Española" (1968-69); Encargado de "Lingüística Española" y de "Lengua Española" (1969-70); Encargado de Cátedra de "Gramática Histórica de la Lengua Española" (1969-70); Adjunto por concurso-oposición para cuatro años adscrito a la Cátedra de "Gramática Histórica de la Lengua Española" (1969-72); Adjunto interino de la misma asignatura (1972-73) y Adjunto Numerario tras su ingreso, el 1º de abril de

1973, en el hoy extinto Cuerpo de Profesores Adjuntos de Universidad.

El 30 de septiembre de ese mismo año dejó la Universidad de Sevilla, con reserva de plaza, para desempeñar el cargo de Subdirector del entonces recién creado Colegio Universitario de Córdoba. Aquí ejerció como Agregado Contratado de “Lengua Española”, para explicar “Lengua Española Descriptiva”, “Gramática Histórica de la Lengua Española”, “Lingüística General” y “Crítica Literaria” (1972-1976). Además de Subdirector del Colegio Universitario de Filosofía y Letras, desempeñó el cargo de Subdirector del Colegio Universitario de Derecho y más tarde el de Secretario de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba hasta el año 1976.

Mientras ejerció en nuestra ciudad, optó a las plazas de Profesor Agregado de “Lengua Española” de las Universidades de Zaragoza (1974), de Sevilla (1974) y de Córdoba (1976). En 1990 obtuvo la Cátedra de “Lingüística General” de nuestra Universidad y en 1996 fue nombrado Profesor emérito de la misma tras su jubilación.

Aparte de las enseñanzas regladas, dictó cursos monográficos fuera de Córdoba, como “Textos del Siglo de Oro” en la Loyola University, de Chicago; “Retórica y pragmática” en el University College, de Londres; “Literatura medieval española” en el King’s College, de Londres; y en la Sorbonne I, de París; “Curso de nahualt” en la Universidad de Sevilla; y “Lingüística y Paleontología” en la Fundación Areces, en Madrid.

Muchas de sus conferencias de temas lingüísticos y filológicos tuvieron por escenarios la Chicago University, la St. Louis University, la Indiana University, la Columbia University de Nueva York, el Colegio de Méjico, el King’s College de Londres, la Sorbonne de París, la Universidad de Montpellier y en España las Universidades de León, Oviedo, Barcelona, Salamanca, Valencia, Valladolid, Granada, Cádiz y Jaén.

En Córdoba organizó y dirigió el Congreso de la Sociedad Internacional de Amigos de los Museos, el I Congreso Internacional sobre novela andaluza, el IV Congreso Internacional de Lingüística y el I Congreso Internacional sobre el Cancionero de Baena.

La ingente labor investigadora y publicística del Prof. Delgado León puede resumirse en sus libros *Textos del barroco* (1962), *Villancicos sevillanos* (1965), *Técnicas del relato y modos de novelar* (1973), *Lingüística general: antología de textos* (1973 y 1977), *La Vida de Virgilio de D. Enrique de Villena* (1974), *La Coronación del Marqués de Santillana de Juan de Mena* (1976), *Poesía cordobesa. Siglos I al XVII (antología crítica)* (1982), *Los libros de caza de la biblioteca del Palacio de Viana: estudio bibliográfico* (1982), *Textos hispánicos comentados* (1984), *El lenguaje de la novela* (1988), *Poesía galaico-portuguesa: introducción, selección, traducción* (1996), prólogo al libro *Comentarios lingüísticos de textos (humorísticos, jurídico-administrativos, literarios, español de América y andaluz)* (1996, de Salvador y Antonio López Quero); *Álvaro de Córdoba y la polémica contra el Islam: El Indiculus luminosus* (1996), *Estudios de lingüística general: Actas del II Simposio de Historiografía Lingüística* (1998, en colaboración con María Luisa Calero Vaquera y Francisco Osuna García), *Estudios sobre Góngora, Guía de caminantes y Lorenzo Hervás, sus ideas lingüísticas* (2003).

A su importante producción bibliográfica hay que añadir sus numerosos artículos en publicaciones de la más variada índole como *Razón y Fe*, *Estudios Americanos*, *Archivum Historicum* (Roma), *Reseña*, *Revista de la Universidad de Comillas*, *Archivo de Filología Aragonesa*, *Revista de la Sociedad Española de Lingüística*, *Traza y Baza*, *Alfinge*, *Revista de Filología Española*, *Revista de Fomento Social*, *Derecho y opinión* y *Boletín* de nuestra Academia, cientos de conferencias en universidades y otras instituciones y la dirección de varias tesis doctorales y de no pocas memorias de licenciatura.

Con motivo de su fallecimiento, el periodista Carlos Miraz dijo de él: “De carácter

polifacético y con una gran capacidad de trabajo, Feliciano Delgado era todo un símbolo en la vida académica, científica y cultural de la ciudad, en la que participó activamente, siempre desde un talante analítico y crítico que sabía compaginar con un gran sentido de la amistad y con la proximidad hacia las personas y las cosas de Córdoba [...]. Poco antes de fallecer dejó finalizado un último libro sobre el aceite de oliva y sus relaciones con la cultura y la salud, junto a otro sobre la *Confessio* de Álvaro Paulo”.

Poco después de su muerte, el Ateneo de Córdoba -del que fue miembro- le dedicó un homenaje dentro del ciclo “Los martes del Ateneo”, en el que participaron el P. Jaime Loring y nuestros compañeros D. Rafael Mir y D. Manuel Gahete. Loring resaltó del Prof. Delgado León su “pasión absoluta por la libertad”. Mir expuso su extensa obra. Y Gahete se ocupó de su faceta de profesor como alumno suyo que fue.

Su etapa de Académico se inicia el 14 de noviembre de 1974 al ser elegido Correspondiente con residencia en Córdoba. Tras ser elegido Numerario, adscrito a la Sección de Bellas Letras, leyó el 12 de diciembre de 1991 su discurso de ingreso, que tituló “La Fábula de Ovidio sobre Píramo y Tisbe: su influencia en la literatura y el colofón de Góngora”.

Por las innumerables ocupaciones que llenaban su vida, apenas tuvo tiempo de dedicarse a tareas académicas, limitándose éstas casi exclusivamente a ser el Director del Instituto de Estudios Gongorinos y a concelebrar anualmente la Misa por el alma del poeta Luis de Góngora.

Así era el Ilmo. Sr. D. Feliciano Delgado León, hoy recordado y elogiado aquí por sus compañeros y amigos como una persona que supo hacer del compañerismo y de la amistad casi una religión. De él dijo el doctor Felipe Toledo que “fue un hombre excepcional [...], un profesor, un sacerdote jesuita, un intelectual totalmente atípico. Sensible, inquieto, independiente, generoso, crítico, irónico, atento, cordial, [que] supo escuchar y supo enseñar”. Y añadía que “su memoria prodigiosa, su agudeza mental, su inteligencia, su ingenio, su espíritu crítico, su ironía, su gracia y su desparpajo, su saber estar en todos los ambientes, su capacidad conversadora infatigable, hacían que su compañía fuese deseable y enriquecedora. Cada momento de tertulia representaba un cúmulo de anécdotas, ocurrencias disparatadas, inesperadas, las de una persona optimista y llena de vitalidad”.

Descanse en paz D. Feliciano Delgado León y que su trayectoria intelectual nos sirva a todos de ejemplo a seguir.